

ADDISON Y SU ÉPOCA.

1672-1719.

The Life of Joseph Addison, by LUCY AIKIN, 2 vols, en 8.^o
Londres, 1843 (*).

I.

Antes de comenzar nuestra tarea cumple decir que la persona de Addison nos inspira la simpatía y el respeto á que tiene derecho todo aquel cuyos despojos mortales descansan bajo las bóvedas de Westminster, sin que por eso experimentemos en modo alguno hácia su persona impulsos más ó menos vehementes de la ciega idolatría que tanto y tantas veces hemos censurado en otros escritores; que la idolatría envilece al ídolo así como al ídola-
tra, y tratándose de hombres, cualesquiera que sean su ingenio y sus virtudes, siempre resultará no merecerla en fuerza de las imperfecciones anexas á ellas. Así acontece con Addison, quien, si en una rama importante de la literatura, en la cual se han distinguido algunos hombres de ingenio superior,

(*) El estudio de lord Macaulay es de Julio del mismo año.—N. del T.

logró aventajarlos á todos, en cambio nos ha dejado varias obras ménos que medianas, poemas heroicos apenas comparables con los de Parnell, críticas tan superficiales como las de Blair, y una tragedia en nada superior á las de Johnson.

Tampoco mereció Addison, en nuestro concepto, los homenajes y acatamientos exagerados que le tributaron aquellos amigos suyos que, seducidos de las gracias de su ingenio ó reconocidos á su generoso y delicado afecto, acudían por las noches á rendirle culto al café de Button, su templo favorito; aunque sí fué digno, y esta convicción es hija de prolijo y maduro exámen, de todo el afecto y estimación que puede merecer en la tierra nuestra flaca y frágil especie. Pues si su carácter ofrece algún que otro defecto, cuanto más de cerca y más atentamente lo estudiamos, con más claridad lo vemos exento y libre de perfidia, bajeza, crueldad, ingratitud y envidia, sano, en fin, en el organismo noble, como decían los antiguos anatomistas; que si ciertas y determinadas cualidades alcanzaron en otros mayor desarrollo que no en él, ninguno poseyó tantas virtudes, ni perseveró en ellas con tanta constancia durante su vida.

Hecha esta salvedad, pasemos á ocuparnos en la historia de su vida; la cual, porque abarca toda la historia literaria y política de Inglaterra bajo los reinados sucesivos de Guillermo III, de Ana y de Jorge I, y por el modo como la comprendemos, adquiere á nuestra vista importancia extraordinaria.

II.

El reverendo Lancelot Addison fué padre del que ahora es objeto de nuestro estudio, y ciertamente que no por haberlo eclipsado su hijo, podremos en justicia calificar de inmerecidas las dos páginas en folio que le consagra la *Biografía Británica*. En tiempo de la República, y aun cuando la familia de Lancelot no gozaba de muchos bienes de fortuna, lo envió al colegio de la Reina, en Oxford, donde adquirió cierta instrucción, llegó á ser, como la mayor parte de sus condiscípulos, exaltado realista, y en el cual también por haber escrito una sátira contra el claustro universitario, hubo de implorar su perdón de rodillas. Al salir de las aulas ganó modestamente su pan de cada día leyendo la liturgia de la Iglesia vencida por las granjas diseminadas en el Desierto de Sussex, y para recompensar la firmeza de sus opiniones, la Restauración lo nombró capellán de la guarnición de Dunquerque, oficio que perdió al pasar esta plaza á poder de los franceses; mas como quiera que por entónces Portugal hubiese cedido Tánger á Inglaterra en parte de dote de la infanta doña Catalina, lo enviaron allí. La triste residencia de Marruecos y la vida sosegada y monótona que hacía en Tánger, fueron después de todo ventajosamente aprovechadas por nuestro Lancelot, el cual utilizó la soledad y el ocio para estudiar la historia y las costumbres de judíos y mahometanos, publicando á su regreso á la madre patria, pasados que fueron algunos años en el desierto, dos obras llenas de interés sobre la política y la religión de los berberiscos, las costumbres de

los israelitas y el estado de los conocimientos rabínicos. A partir de entonces, fué ascendiendo á las más altas dignidades de la Iglesia, y despues de haber sido sucesivamente capellan real, doctor en teología y arcediano de Salisbury, llegó á dean de Lichfield, y no falta quien diga que hubiese obtenido de Guillermo y de Tillotson un obispado á no haberse indispuerto con el Gobierno haciéndole oposicion, acaso demasiado acerba, por la conducta liberal que inició al convocar las Cámaras, en 1689.

III.

En 1672, poco tiempo despues de haber regresado de Tánger el doctor, nació José Addison, su hijo, de quien sólo sabemos, en aquellos primeros años, que cuando hubo adquirido algunas nociones elementales en las escuelas de primeras letras, ingresó en Charter House. A dar crédito á la tradicion, diríamos que fué una vez en el colegio cabeza de cierto motin estudiantil, y que otra, por motivos que no se mencionan, huyó de Charter House, no parando hasta emboscarse en lo más agreste de una selva, guareciéndose durante la noche en un árbol carcomido, y alimentándose de frutos silvestres, hasta que lograron dar con su paradero y restituirlo, no sin gran trabajo, á la escuela. A ser esto cierto, ¿qué sistema de educacion hubiera sido eficaz á tornar en el hombre más dulce, tímido y tranquilo de todos al muchacho discolo, rebelde y montaraz que demuestran las aventuras apuntadas?

Pero sea como fuere, lo averiguado es que prosiguió sus estudios con celo, perseverancia y éxito, y que á la edad de quince años ya se hallaba en dis-

posicion de ingresar en la Universidad, con un caudal de conocimientos y un gusto clásico dignos de un maestro en artes. Y como al cabo de algunos meses de permanencia en el Colegio de la Reina, en Oxford, casualmente cayeran en manos del doctor Lancaster, decano del de la Magdalena, varios versos latinos suyos, cuya elegancia y pureza de estilo habrian envidiado los mejores hablistas, se propuso ser útil al jóven que daba tan buenas esperanzas y tan señalada muestra de aprovechamiento. No tardó en llegar la ocasion de ver cumplido su deseo. La revolucion de 1688 acababa de verificarse, produciendo grandes trasportes de alegría en todas partes; pero en ninguna más extraordinarios que lo fueron en *Magdalene College*. Porque como Jacobo y su canceller hubieran maltratado á tan opulenta y poderosa corporacion con una insolencia é injusticia que asombran, aun tratándose de aquel Rey y de aquel Ministro, desacato que contribuyó más eficazmente todavía que la persecucion de los obispos á privar al trono del afecto y del apoyo de la Iglesia, pues se vió expulsado del claustro su rector elegido, reemplazado con otro de real nombramiento, y católico, además, y los catedráticos que por ser fieles á sus juramentos se negaron á someterse al usurpador, lanzados tambien del tranquilo retiro en que vivian, y en la triste necesidad de implorar la caridad pública para no morir de hambre; al restablecer la revolucion el antiguo estado de las cosas, como durante las turbulencias civiles de 1688 no se hubieran hecho elecciones en la escuela, y en 1689 se hallara por esta causa duplicado el número de vacantes, el Dr. Lancaster pudo hacer entonces partícipe á su protegido de los beneficios que ofrecia generosamente á sus miembros el cen-

tro universitario reputado á la sazón por el más rico de Europa.

IV.

Diez años residió Addison en *Magdalene College*, primero como *demi*, despues como *fellow*, siendo motivo de orgullo para el claustro haberlo contado entre sus individuos; como que su retrato se conserva en la sala principal, y que los *fellows* actuales no se olvidan nunca de mostrar á los que visitan el colegio su paseo favorito bajo los olmos de la pradera situada orillas del Cherwell. Es tambien tradicional en el colegio, y esto nos parece probable, que sobresalía entre sus compañeros por la delicadeza de sentimientos, la circunspeccion de carácter, la suavidad de costumbres y la constancia en el trabajo, al que consagraba no pocas horas de la noche, creyendo insuficientes las del dia. Pero en lo que no hay duda es en que su erudicion y su talento le conquistaron inmensa fama universitaria, y que muchos años despues de su salida del claustro, aún recordaban con elogio los catedráticos más antiguos de *Magdalene College* las composiciones de su juventud, deplorando no haber conservado copia de tan brillantes ejercicios.

No por eso, á ejemplo de Miss Aikin, formamos idea exagerada de la erudicion clásica de Addison; pues si conocia, comprendia é imitaba mejor que todos sus predecesores, excepcion hecha de Buchanan y de Milton, los poetas latinos, desde Lucrecio y Cátulo hasta Claudio y Prudencio, no habia estudiado con tanto esmero los prosistas, ni sabia la lengua griega sino de una manera incompleta.

Pero tambien diremos que si hubiera sido más grande su erudicion y su saber, acaso habria tenido ménos éxito. Pues, por regla general, no es el hombre que logra ejecutar lo que ninguno intenta siquiera poner por obra aquel á quien admira la humanidad, sino á quien hace mejor que muchos otros lo propio que muchos otros hacen bien. Bentley, por ejemplo, fué tan superior á los *scholars* de su época, que sólo muy escaso número de ellos pudo apreciar su mérito innegable; mas el género de obras en que Addison aventajó á sus contemporáneos, gozaba, entónces como ahora, de crédito extraordinario; y como todos los estudiantes habian hecho versos latinos y algunos muy buenos, y la totalidad se hallaba en el caso de apreciar el arte con que imitaba maravillosamente á Virgilio, sus poesías sobre el Barómetro y el *Bowling Green* arrancaron aplausos á centenares de personas para las cuales la *Disertacion sobre las epístolas de Falaris* (*Dissertation on the Epistles of Phalaris*), era tan sibilina como los jeroglíficos de un obelisco egipcio.

V.

Los poemas latinos de Addison alcanzaron, pues, en Oxford y en Cambridge, como dejamos apuntado, grande y legítimo éxito mucho tiempo ántes de que fuera conocido el nombre de su autor de los ingenios que concurrían á los cafés inmediatos al teatro de Drury-Lane. A los veintidos años de su edad se atrevió ya nuestro Addison á publicar versos en inglés, y con este motivo dirigió algunas estrofas encomiásticas á Dryden; el cual, despues de repetidas victorias y de no pocas derrotas, habia conquis-

multitud de poetas y prosistas que lo habrían derrotado sin esfuerzo alguno á intentar siquiera presentarse como competidor suyo en el palenque, lo reverenciaba y acataba por juez peritísimo y generoso protector. El más inteligente y honrado de sus colegas, lord Somers, se mostraba siempre propicio á secundar todos sus proyectos, encaminados á favorecer los escritores ó los sabios desvalidos, pudiendo decirse que aparte de su amor sincero hácia las buenas letras y la ciencia, entrambos grandes políticos tenían otras razones para desear granjearse la benevolencia de todos los jóvenes de talento. Porque como la Revolucion había cambiado por completo el sistema gubernamental, y la prensa era libre y comenzaba su influencia sin precedentes hasta entónces, en la opinion pública, pues la época de los Estuardos estuvo regida de la censura; y el Parlamento se reunía todos los años, y duraban sus sesiones algunos meses consecutivos, al contrario de lo que ántes sucedía, pues en ocho años sólo estuvo abierto sesenta dias; y la Cámara de los Comunes era el poder dominante del Estado; en aquellas circunstancias los hombres de claro ingenio y de talento literario ú oratorio estaban llamados naturalmente por la fuerza de las cosas á representar papel de tanta importancia, que podían, con sólo quererlo, hasta derribar al gobierno que los hubiera despreciado ó sólo sido indiferente con ellos. Montague y Somers dieron, pues, muestra de ser políticos tan profundos como ilustrados atrayéndolos al partido *whig*.

VII.

En 1699, cuando hubo cumplido Addison veintisiete años, tomó una resolucíon definitiva respecto de su porvenir. Los dos jefes del ministerio se mostraban perfectamente dispuestos á su favor; y como además era ya en política lo que fué toda su vida, esto es, *whig* templado, sus poderosos protectores quisieron á lo que parece hacerlo ingresar en la carrera diplomática. Necesario era para esto saber la lengua francesa, cuyo estudio no había hecho Addison, y á fin de subsanar el defecto Somers le hizo merced de una pensión de trescientas libras esterlinas al año con que ocurrir á los gastos de un viaje á Francia, donde residiría sin limitación de tiempo hasta poseer el idioma del país perfectamente. Addison temió los primeros momentos que se opusiera el claustro de *Magdalene College* á su marcha; mas el canceller escribió de su mano en términos tan perentorios al sabio y virtuoso Hough, rector del colegio, que todas las dificultades quedaron vencidas sin demora, y pudo al fin abandonar á Oxford el verano de 1699, y emprender su viaje con la holgura que consentían sus emolumentos universitarios y la pensión del Gobierno. Cruzó el canal de la Mancha entre Douvres y Calais, y se dirigió á Paris, donde le dispensó benévola, extraordinaria y cortés acogida un pariente de su amigo Montague, el conde de Manchester, que acababa de ser nombrado embajador de Inglaterra en la corte de Francia. La Condesa, *whig*, discreta, elegante y distinguida, hubo de mostrarse tan amable con Addison como su esposo, porque nuestro poeta conservó

largo tiempo gratisísimo recuerdo de la impresion que le produjo entónces; de lo cual dan testimonio ciertos versos picantes que luégo escribió en un espejo del *Club Kit-Cat* con su sortija, expresando el despecho y la envidia que tenian á los colores *naturales* de la dama inglesa las pintadas hermosuras de Versailles.

VIII.

Expiaba Luis XIV á la sazón los devaneos de su juventud con rasgos de piedad exagerada é intolerante; y la servil literatura de la Francia, imitando el régio ejemplo, revestia sus producciones de cierto carácter místico. Racine, que acababa de morir, había empleado los últimos años de su vida escribiendo tragedias sagradas, y Dacier buscaba por entónces con solícito afán los misterios de Atanasio en las obras de Platon. Estos y otros muchos detalles á cual más interesantes y curiosos acerca del estado de las letras en Francia los reunió el recién llegado poeta en una ingeniosísima carta dirigida por aquellos días á Montague. En otra de la misma época para lord Somers, á quien tenía tan presente como á su colega, le aseguraba con palabras de mucha cortesía y afecto de su gratitud y amistad. «Sólo un medio tengo, le decia, de mostraros mi agradecimiento, y es el de hacerme digno de vuestras mercedes, consagrándome por completo al estudio.»

Y á fin de realizar mejor este laudable propósito, salió de Paris, retirándose á Blois, por ser la ciudad de Francia cuyos habitantes, según es fama tradicional, hablan mejor su idioma, y en la cual no de-

bia encontrar ningun compatriota que lo distrajera del estudio. Allí pasó algunos meses muy agradable y útilmente aprovechados, al decir de su amigo el abate Philippeaux, el cual suministró á José Spence los informes necesarios á ponerlo al corriente de la vida que hacía en Blois; y á ser exacta la relacion, Addison estudiaba mucho, pasaba largas horas abismado en profundas meditaciones, hablaba poco, á las veces parecia distraido y no tuvo amoríos, ó no cometió al ménos la indiscrecion de confiar sus secretos al cura. Pero tampoco deberá parecer extraña esta conducta reservada y circunspecta de Addison en tierra extranjera y rodeado de personas cuyo idioma no era el suyo propio, si se advierte que siempre fué taciturno y de pocas palabras, áun en su patria y con sus compañeros de colegio. Bien será decir, sin embargo, que absorbido y todo en sus imaginaciones, como lo declaraba el abate Philippeaux, y distraido y apartado de las gentes, algunas cartas suyas insertas en el *Guardian* dan testimonio de que observaba la sociedad francesa, sin dejarlo traslucir, con la penetracion y benevolencia propias de su carácter.

IX.

De Blois regresó Addison á Paris; y como ya entónces poseia la lengua francesa, comenzó á frecuentar el trato de los grandes filósofos y poetas nacionales, de lo cual da testimonio entre otros documentos una interesantísima carta escrita por él al obispo Hough refiriendo sus conversaciones con Malebranche y Boileau. Malebranche mostraba grande parcialidad hácia los ingleses; mas, al propio

tiempo que le parecía extraordinario el ingenio de Newton, érale Hobbes indiferente, llegando á cometer la injusticia de calificar al autor del *Leviatan* de «cortos alcances.» La modestia obligó á nuestro viajero á suprimir algunos detalles de su entrevista con Boileau. El cual se hallaba ser entonces supervivente de todos los amigos y rivales de su juventud, y vivía en grande soledad y lleno de achaques, melancólico, sordo y viejo, encerrado en su casa siempre, sin parecer nunca en la corte ni en la Academia, ni recibir visitas de extranjeros sino muy raras veces. No conocía tampoco la Inglaterra, ni su literatura, ni había oído hablar siquiera de Dryden; mas áun cuando no pocos ingleses acaso extraviados de su patriotismo afirman que la ignorancia ésta de Boileau era fingida, de nosotros diremos que, bajo el reinado de Luis XIV, la literatura inglesa la conocía en Francia tan escaso número de personas como en Inglaterra la alemana cincuenta años hace (1). Y como Boileau no había leído, de autores británicos se entiende, otra cosa que los poemas latinos de Addison, los halló tan admirables que le suministraron nuevas nociones acerca del estado del gusto y de la instrucción de los ingleses. Johnson pretende que los elogios del francés no eran sinceros, porque, añade, «Boileau despreciaba por extremo el latín moderno, y si alabó los versos de Addison fué por mera cortesía;» pero no es lícito sostener esta opinión como si fuera de Boileau, porque si bien reputaba por imposible cosa escribir un poema de primer orden ni que lo pareciera en una lengua muerta, y decía que los autores del siglo de Augusto descubrirían no pocas incor-

(1) La fecha del presente estudio es de 1843.

recciones en el más puro latín moderno, es también cierto que la carta del francés en que Johnson se funda, sólo contiene acerca del particular las siguientes palabras, que no demuestran menosprecio exagerado ni mucho menos: «No creais por lo dicho que me parezcan mal ni censure los versos latinos que me habeis enviado de uno de nuestros más ilustres académicos, pues me parecen hermosos y dignos de Vida y Sannazaro, aunque no de Horacio y Virgilio.» Y tanto fué así, que hablando, por ejemplo, de los epigramas del P. Fraguier, dijo que le parecían obra del poeta Cátulo. ¡Qué más si él mismo hizo versos latinos, siquiera fuesen dirigidos contra los poetas modernos autores de tales demasías, en aquella composición que comienza del modo siguiente:

«Quid numeris iterum me balbutire Latinis
Longé Alpes citrá natum de patre Sicambric.
Musa, jubes?»

Por otra parte, nunca se mostró Boileau propenso á prodigar alabanzas ni cumplidos á nadie, y ni el temor ni la amistad pudieron en ninguna circunstancia determinarlo á dar por bueno aquello que no se lo parecía. Si, consecuente con su modo de ser, fué osado á decir al rey Luis XIV que no era inteligente S. M. en poesía, y que por esa causa le parecían buenos muchas veces versos detestables, ¿cómo suponer siquiera que por Addison se tornara en adulador por la primera y última vez de su vida? Es, pues, indubitable que si el áspero, destemplado y desdeñoso satírico alabó al cabo de sus años las *Machinæ gesticulantes* y la *Gerano-Pygmæomachia*, lo hizo con sinceridad, diga lo que quiera Johnson. Además, y á mayor abundamiento, la manera tan